

Amadísimos hermanos

Vamos a continuar hablando de la oración. Siendo como es la oración un ejercicio tan recomendado por Cristo, tan inculcado por la Iglesia y tan beneficioso por los frutos que ha producido en los hombres que la han practicado, cómo seremos los hombres de hoy tan reacios a su práctica, como representa tan poca cosa en nuestras vidas la misma?

Hoy vamos a considerar dos aspectos de la oración muy importantes que pueden contribuir positivamente a vencer nuestra resistencia a la práctica de la misma o superar nuestra apatía. Desde luego los hombres de otras épocas han orado y todos los pueblos y todas las civilizaciones nos han dejado testimonios del aprecio y estima en que han tenido a la oración. Los romanos que invadieron todo el mundo entonces conocido en todas partes erigieron templos a la divinidad y nuestros antepasados de la Edad Media sembraron el suelo de la cristiandad de catedrales y de capillas góticas. Acaso alguno pudiera pensar que ese esfuerzo de los hombres por acercarse a Dios y congraciarse con Dios es más bien testimonio de la falta de confianza de esos hombres en sí mismos y un conato de remediar su impotencia mediante una asistencia fácil de la divinidad. Pero tengamos presente que los que erigen esos templos y los que se esfuerzan más por acercarse a la divinidad no son precisamente pueblos y hombres decadentes; son hombres entregados a grandes empresas, conscientes de su dignidad y grandeza, son pueblos conquistadores, pueblos en plena tensión los que oran y en todo ello más que testimonio de su desconfianza, hemos de ver expresión y manifestación de su profundo sentido religioso, de ese sentido de lo sagrado que en nosotros se va atrofiando en perjuicio de nuestro perfecto desenvolvimiento humano y perjuicio de la sociedad, ya que los que carecen de ese sentido son malos elementos constitutivos de la misma como afirma un sabio de nuestro siglo.

Recuerdo una anécdota curiosa que trae un escritor de nuestros días. Dice que conoció a un hombre que sufría por no ser Dios. Acaso nosotros pensemos que ese tal tenía que ser víctima de un acceso de locura o enajenación. Puede concebirse un hombre cuerdo, sano que sufra efectivamente por no ser Dios? Creo que sí: es más, cualquiera de nosotros puede llegar a sufrir por ello si se pone a pensar un poco. En efecto: ¿qué es ser Dios? No es acaso ser dueño de sí mismo, dueño del propio destino, poder disponer uno de sí mismo como le da la gana, pero dueño de sí mismo y poder disponer de sí como le da la gana sin depender de nadie en absoluto con pleno derecho, con plena razón? Y ¿qué es ser criatura por otra parte? Ser criatura es depender de otro, tener sumisión y obediencia, tener que acatar las condiciones que a la misma le impongan, pero es depender de otro aunque uno no lo quiera, deber sumisión u obediencia aunque a uno no le agrade, tener que acatar unas condiciones aunque le fastidien y no las quiera aceptar. No cabe duda que la condición de ser Dios es una condición bien agradable, bien aceptable así como la condición de ser criatura es humillante, poco grata, nada envidiable y el corazón humano tan sensible a la envidia no puede menos de apetecer la primera de la misma forma que aborrece la segunda por su amor propio. Tiene algo de particular o es inconcebible que un hombre sufra por no ser Dios en un mundo en el que no tiene y no ve otra alternativa que ser Dios o criatura, ser Dios y por tanto poder disponer de sí con pleno derecho o ser criatura y tener que subordinarse, deber subordinación, tener que aceptar unas condiciones de vida que quiera imponerle su Criador, su Dios?

O somos Dios o somos criaturas. No hay otra alternativa, otro dilema. Y porque no hay otra alternativa y es evidente que somos criaturas no es incompatible con nuestra condición que nos impongan unas condiciones que no nos agradan, unas condiciones que nos humillen y no tiene nada de particular que entre ellas exista la condición de tener que recurrir a

Dios siempre que necesitemos algo. Qué hubiera sido de nosotros si Dios nos hubiera dotado de todo, nos hubiera provisto de todo lo que habíamos de menester, cómo hubiéramos podido resistir a la tentación de ~~xxxixix~~ tenernos por Dios si hoy que nos falta de todo, hoy que sentimos nuestra miseria con tanto peso apenas nos resistimos y llegamos a sentirnos así como Dios pretendiendo hacer todo lo que nos da la gana?

"Es vergonzoso orar" decía Nietzsche. Pero porqué es vergonzoso orar si vemos que no es el comer o el beber, aun cuando el comer y el beber sean funciones y actividades que nos llevan a buscar fuera de nosotros el alimento o lo necesario para nuestra vida corporal y el orar significa lo mismo respecto de lo que necesita nuestro espíritu? "Hay en el hombre un grito de ángel y otro de bestia, decía el Cura de Ars. El grito de ángel es la oración y el grito de la bestia es el pecado. El hombre que no ora es como el toro que mira a la tierra y busca un agujero donde esconderse en ella." La oración es el gesto del hombre que reconoce a su Criador al mismo tiempo que confiesa su limitación. La actitud del que no ora es el gesto fatuo y ridículo y absurdo del hombre que se quiere hacer Dios y bastarse a sí mismo y disponer de sí mismo sin derecho para ello.

Pero junto a este aspecto, si se quiere un poco humillante de la oración vamos a recordar el otro más grato y si se quiere manobrador de la misma. El deber de orar no solamente es el tributo que debemos como criaturas, la expresión de nuestra dependencia, sino también es el rescate de nuestra libertad, el precio de nuestra autonomía. Dios únicamente a costa de que nosotros aceptáramos este deber ha salvado nuestra libertad, nos ha podido conceder la libertad y ha hecho que fuéramos dueños de nuestra suerte y de nuestro destino. Fijémonos: Dios nos ha puesto entre el cielo y el infierno. El salto que hay al cielo es demasiado grande para que podamos darlo con nuestras solas fuerzas. Pero si Dios nos hubiera dado todo lo que habíamos de menester, si Dios sin más nos hubiera puesto a nuestro alcance todo lo que habíamos de menester para ello, entonces hubiera podido decirse que nos había embarcado en una nave o en un avión que forzosamente hubiera tenido que arribar o aterrizar en el cielo. Nuestra salvación no hubiera podido ser merito nuestro en ninguna forma. Lo mismo si nos hubiera dejado en absoluto desprovistos de lo necesario, sin recurso para dar ese salto, entonces el hubiera sido quien nos condenaba a perdernos cayendo en el infierno. No es pues el deber de orar una cosa que por puro capricho nos ha impuesto nuestro Dios: nos un juego ingenuo e infantil al que un poco ingenuamente nos ha sometido el Dios que conoce y sabe todo obligándonos a que le tuviéramos que pedir lo que sabía que habíamos de menester.

Un autor célebre de nuestros Dios ha afirmado que "la oración es indispensable para nuestro supremo desenvolvimiento humano". Y en verdad como dice comentando esa frase del célebre Alexis Carrel otro sabio la oración, aun considerada desde el punto de vista humano, es reflexión y es aspiración; es ejercicio del entendimiento y de la voluntad, con miras al bien obrar y adie puede negar que el bien obrar es todo el hombre. El que nunca reflexiona en su conducta moral es un irreflexivo. Nuestros valores morales deciden nuestra conducta. Y solamente en el reposo atento de la oración, en ese estado de voluntaria inhibición de nuestras tendencias bastardas y de aspiración a la Bondad sin límites, es como pueden elaborarse nuestros valores morales. Por algo decía Sta. Teresa que el alma sin oración es cual nave sin timón.

Nuestra salvación, está pues en la oración. Sin oración somos juguete de nuestras propias pasiones y víctimas de las mismas.